

Prólogo

Françoise d'Eaubonne:

de la mano de una pionera

YAYO HERRERO

La humanidad se encuentra en una situación difícil. Los últimos informes del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) apuntan a que los ecosistemas pueden estar colapsando. Resulta imposible seguir ocultando los signos de agotamiento de energía y materiales. Ya no es creíble, además, que el deterioro ambiental sea el inevitable precio que debemos pagar por vivir en sociedades en las que las grandes mayorías se sienten seguras. A la vez que se está destruyendo las condiciones biofísicas para la existencia humana, aumentan las desigualdades en todos los ejes de dominación –género, clase, procedencia o edad– y las dinámicas que expulsan a las personas y otros seres humanos a los márgenes de la vida, o de la propia vida, están adquiriendo una velocidad aterradora.

Vivimos el tiempo, recuerda Isabelle Stengers, de la intrusión de Gaia¹. Pero la trama de la vida aparece como agente económico y político con el que no se puede negociar. Lo que está en juego en este momento es la supervivencia, en condiciones dignas, de la mayoría. Las diversas manifestaciones de esta crisis están interconectadas y tienen raíces comunes. Apuntan a un choque frontal entre la forma en la que se ha constituido nuestra civilización, y aquello que permite que la vida se pueda seguir sosteniendo. Se mire desde donde se mire son cada vez más

1 Stengers, I. (2017), *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir la barbarie que viene*, Ned Ediciones, Barcelona.

evidentes los signos de que las cosas no van bien. La cultura occidental tiene una enorme responsabilidad al respecto. Ha llamado progreso a la autodestrucción. Ha delegado la búsqueda del bienestar en una ideología y práctica económica y política que considera la naturaleza y la vida –humana y no humana– como recursos a explotar solamente para producir dinero. A partir de dinámicas coloniales y violentas, esta visión ha logrado convertir parte del territorio en zonas de sacrificio y la vida de quienes viven en ellos en poco más que un desecho.

Necesitamos con urgencia estimular una imaginación fecunda que permita alumbrar horizontes viables y deseables, que ayude a repensar y reconducir la forma actual de vida hacia otra en la que quepan todas. Esta transformación deberá afrontar infinidad de conflictos. Cuestionará privilegios y desigualdades, trastocará prioridades y exigirá derrumbar creencias y mitos que apuntalan la cultura de autodestrucción.

En este contexto, los ecofeminismos se han configurado en los últimos años como espacios de resistencia y reconstrucción. Recuerdan que, construida sobre cimientos patriarcales, antropocéntricos, coloniales, racistas y capitalistas, la arquitectura de las sociedades actuales pone en riesgo los equilibrios ecológicos que permiten la vida humana (y la de otras especies) y amenaza con provocar un verdadero naufragio antropológico.¹

Los ecofeminismos constituyen una pléyade de pensamiento y movimientos sociales para denunciar que la economía, cultura y política hegemónicas se han desarrollado en contra de las bases materiales que sostienen la vida. También proponen formas alternativas de reorganización económica y política, de modo que se puedan recomponer los lazos rotos entre las personas y con la naturaleza. Iluminan funciones, trabajos y a personas habitualmente invisibilizadas y subordinadas, señalando la necesidad de otorgarles valor y prioridad, al menos si queremos aspirar a que la vida humana pueda mantenerse tal y como la conocemos. Poco a poco, los ecofeminismos están calando en los análisis de otros movimientos sociales y políticos.

Cualquier persona que en algún momento se haya sentido interesada por los ecofeminismos se ha encontrado de forma inmediata con Françoise d'Eaubonne. En todos los manuales o textos en los que aprendíamos sobre el tema leíamos que este término, ecofeminismo, había sido utilizado por primera vez en 1974, y lo había hecho en esta obra, *Feminismo o muerte*, la cual tengo la suerte de prologar. Aunque, paradójicamente, hasta el momento era imposible leer en castellano

esta obra seminal. Hemos de celebrar que, por fin, sea posible bucear en ella.

Françoise d'Eaubonne comenzó a escribir a una edad temprana y a lo largo de su vida cultivó prácticamente todos los géneros. Poesía, ensayo, novela, ciencia-ficción, relatos infantiles, manifiestos, panfletos, columnas periodísticas, críticas literarias... Escribió más de cincuenta obras entre 1942 y 2003, aunque prácticamente casi nada de esta prolífica producción ha sido traducida al castellano. Por ello, este libro es un regalo que permite acercarnos a la complejidad de su pensamiento.

La obra de Françoise d'Eaubonne es sobre todo la de una activista feminista europea que construyó su mirada política a partir de su propia biografía. Nació en París, aunque su infancia transcurrió en Toulouse. La guerra marcó su juventud. La cercanía a la violencia, el horror, el exilio y la destrucción fueron determinantes en la forma en que interpretaba la realidad, describía el mundo y proponía actuar sobre él.

Nuestra autora convivió con las secuelas que dejó en la salud de su padre la inhalación de gases tóxicos en las trincheras durante los combates de la Primera Guerra Mundial. Durante su adolescencia, conoció la guerra civil española y el exilio de las y los republicanos. Casi de forma inmediata sufrió las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y al final de la misma asistió al regreso de las personas judías que habían estado en los campos de concentración.

Françoise d'Eaubonne fue militante del Partido Comunista francés, aunque lo abandonó decepcionada ante la incapacidad de sus miembros para comprender y hacerse cargo de las preocupaciones feministas y ecologistas, que en los partidos de la izquierda tradicional suponían desviarse del propósito central. La autora defendía que la subordinación de las mujeres no constituía un hecho coyuntural, sino un elemento sustantivo y universal. En sus propias palabras:

Creo en la generalidad, en la profundidad, en la universalidad del hecho misógino: sí, siempre y en todas partes, en el campo capitalista, en el proletario, en el campo euroamericano y tras el telón de acero, y en el tercer mundo, y en las subculturas.

Desde esta crítica, su pensamiento fue evolucionando hacia posiciones libertarias. Como líder destacada en la lucha por el aborto y los derechos de las personas homosexuales, participó con Simone de Beauvoir, de la que siempre fue amiga, en la fundación del Movimiento de Liberación

de las Mujeres (MLF) en 1970. Un año más tarde cofundó el Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire (FHAR) con Guy Hocquenghem. En 1978 creó el Movimiento Ecologismo-Feminismo, que pese a no tener gran influencia en Europa, consiguió gran número de seguidoras en Estados Unidos, donde incluso se creó una cátedra sobre el tema, a la que d'Eaubonne fue invitada como conferenciante.

Feminismo o muerte

En 1972, cuando se publicó el informe *The Limits to Growth* coordinado por Donella Meadows, Françoise d'Eaubonne comenzó a reflexionar en su obra sobre algunas preocupaciones de corte ecologista. Pero el pensamiento ecofeminista de Françoise d'Eaubonne es incomprensible sin entender el rol de Simone de Beauvoir, la primera pensadora que exploró la relación de las mujeres con el mundo natural, y la situó como el origen de la desigualdad y la subordinación. D'Eaubonne creía que la causa de la crisis ecológica y social residía en la cultura patriarcal, responsable del desastre ecológico, del crecimiento ilimitado de la producción y el consumo, y del dominio de las mujeres mediante el control de sus cuerpos. A diferencia de Simone de Beauvoir, no defendió un distanciamiento de la naturaleza, sino que comprendió que la conexión y pertenencia a ella era un hecho humano insoslayable. Así que exploró y propuso otras formas de relación entre lo humano y lo natural que pasaban, necesariamente, por desmontar la cultura patriarcal.

En 1974 publicó *Le féminisme ou la mort*, cuya traducción tienen entre manos, un texto complejo en el que aborda la cuestión feminista desde múltiples aristas. Si bien este prólogo se centra fundamentalmente en la aparición de la teorización ecofeminista, el libro aborda muchas cuestiones que tienen que ver con debates aún presentes en las discusiones y preocupaciones feministas, como el derecho al aborto, la invisibilidad, desvalorización y asignación forzosa a las mujeres de las tareas asociadas a la reproducción cotidiana y generacional de la vida, la prostitución, la cultura de la violación o la cuestión del consentimiento. Todos ellos son temas que tiene plena vigencia en la actualidad, un tiempo caracterizado por la emergencia de fuerzas ultraconservadoras y de debate –e incluso conflicto– dentro del movimiento feminista. Así, resuelve algunas disputas afirmando que la discriminación de las mujeres es un hecho cultural universal:

El hecho misógino, como cualquier relación represiva, no tiene nada que ver con la buena voluntad de Piotr, Jim o Jacques. Abruma cruelmente a las personas. Es parte de las instituciones, sustenta las estructuras mentales. No podemos entender la infelicidad femenina si no tenemos primero en cuenta lo que es: un fenómeno comunitario, histórico, general, global, una relación fundamental entre mujer y no-mujer (la mejor definición de hombre). Afecta a toda la cultura y se refleja aún más fuertemente en la incultura. Orienta todas las relaciones entre los sexos y las de los individuos del mismo grupo sexual entre ellos.

De esta forma, la autora se aleja de las miradas esencialistas y, a diferencia de lo que expresaba Simone de Beauvoir, no considera que la naturaleza o la maternidad sean rechazables en sí mismas. La crítica de d'Eaubonne se centra en la construcción que hace el patriarcado de lo femenino, ataca la construcción cultural de lo que se supone que es ser mujer —entregada, débil, cuidadora, sacrificada o esencialmente amorosa— y que nuestra autora llama «féminitude». Esta sería entonces una subordinación cultural violenta que se impone a partir del sexo biológico. Al fin y al cabo, según la ecofeminista, las mujeres son una clase oprimida, en términos marxistas, porque reproducen el trabajo, generan plusvalía y no tienen poder.

Ello también le lleva a acuñar el concepto de *falocratismo*, un sistema de poder y sumisión sexual que persiste desde hace 3000 años y que constituye una forma de dominación y violencia previa a cualquier otro tipo de opresión económica o política. Según la autora, este sistema falocrático está poniendo en riesgo la supervivencia de la vida en la Tierra y, por ello, es necesario terminar con un orden patriarcal que «puede asesinar a la naturaleza en nombre del beneficio, si es capitalista, y en nombre del progreso histórico, si es marxista».

En esta obra se acuña también el término ecofeminismo como un nexo entre feminismo y ecologismo con tintes evolucionistas. La hipótesis que establece d'Eaubonne sobre el pasado de la humanidad parte de que en un tiempo remoto los seres humanos no conocían la relación entre el coito y la gestación y plantea que el descubrimiento de la intervención masculina en la reproducción desvalorizó a la mujer, convirtiéndola en otro territorio que se puede poseer y fecundar, en un objeto apropiable. Además, considera que este proceso habría coincidido con el inicio de la ganadería y la desaparición de una estructura de clanes que permitía que las mujeres poseyeran y gestionaran los cultivos. Así, la fertilidad de

la tierra y la fecundidad de las mujeres se convirtieron en potencialidades vitales controladas por los hombres. Aunque D'Eaubonne fue criticada por defender un matriarcado originario, ampliamente discutido en la actualidad, una lectura atenta de este libro permite afirmar que sugirió más bien la existencia de sociedades organizadas en clanes pacíficos agrícolas, anteriores a la existencia de un patriarcado guerrero, y no tanto una sociedad matriarcal. De hecho, era el desequilibrio de poder entre los hombres y las mujeres, así como una fuerte jerarquización, aquello que habría conducido a la crisis ecológica y social.

La obra que se presenta a continuación establece una relación profunda entre la sobrepoblación humana, la devastación de los ecosistemas, la contaminación, el deterioro de la salud y la dominación masculina. De este modo, para salir de la espiral suicida de producción y consumo de objetos superfluos y efímeros, de la destrucción ambiental y la alienación del tiempo propio, es imprescindible cuestionar la relación entre los sexos. Asimismo, la preocupación por la demografía y la producción capitalista sin límites se puede encontrar en todo el pensamiento y obra de D'Eaubonne. Para ella, el derecho al control del propio cuerpo sería el comienzo del camino no consumista, ecologista y feminista.

En la raíz del problema ecológico están las estructuras de un determinado poder. Como el problema de la superpoblación, es un problema de hombres; no solo porque son los hombres los que ostentan el poder mundial, y que desde hace un siglo ya podrían haber aplicado la anticoncepción radical; sino porque el poder está, en el nivel inferior, distribuido para que lo ejerzan los hombres sobre las mujeres. En el campo de la ecología como en el de la superpoblación, vemos chocar de manera más aguda las tensiones contradictorias del capitalismo, aunque estos problemas van mucho más allá del marco del capitalismo de mercado y afectan también a los países de capitalismo de Estado, por la buena razón de que allí como aquí todavía reina el sexismo. En estas condiciones, ¿dónde diablos se puede encontrar –incluso en el caso de una prolongada convivencia pacífica de ambos campos económicos– una posibilidad de desarrollar un sistema «justo y planificado» a escala planetaria, ecológico y demográfico? Lorenz tiene razón: ninguna empresa (masculina) puede hacerse cargo.

En definitiva, la subsistencia de la vida humana en la Tierra depende del control de las mujeres sobre su capacidad de procreación.

Así entendido, el ecofeminismo emerge como un horizonte ético de transformación social.

El problema de la mujer es ante todo demográfico, luego natural y, por tanto, mundial; su problema urgente, común con el de la juventud, es la autonomía y el control de su destino.

Feminismo o muerte es por tanto un libro que dialoga con pensadores y pensadoras del momento, un libro basado en un amplio conocimiento de las crisis ecológicas y sociales y que, además, se apoya en poemas, novelas y otras manifestaciones artísticas. Conecta, por ejemplo, con la obra de Serge Moscovici, autor de *La sociedad contra natura*, uno de los textos fundadores del ecologismo social en Francia. Moscovici deconstruía la idea de que la naturaleza es un objeto externo a lo humano, una idea que en todo caso sería un constructo cultural antropocéntrico. Ante la crisis ecológica, señalaba, era necesario plantear un debate sobre el sistema de jerarquía y poder social, pues la crisis era el resultado de un sistema de dominación y violencia. D'Eaubonne realiza una síntesis entre el pensamiento de Serge Moscovici y Simone de Beauvoir, colocando así el ecofeminismo como una forma de relación con la naturaleza y entre los seres humanos, no desde la dominación, sino desde la pertenencia.

Para ella, el poder de crear vida, que une a la mujer y a la naturaleza, ha de ser la fuerza que impulse una nueva sensibilidad y una nueva política en la que quepan todas las personas. La tesis central de D'Eaubonne es que los dos problemas centrales de la humanidad, la superpoblación del planeta y la destrucción de los recursos naturales mediante el agotamiento ecológico, solo pueden ser atajados a partir de un feminismo transformador. Ambos hacen necesario repensar la explotación de la naturaleza y la de la mujer como un todo y reconstruir imaginarios y prácticas que recompongan una nueva relacionalidad con la Tierra y entre las personas. Lo expresa con sencillez en una frase: «el feminismo, al liberar la mujer, libera la humanidad entera».

En efecto, esta obra obviamente presenta agujeros en debates y planteamientos que se han discutido en los ámbitos ecofeministas y feministas durante los decenios posteriores a su publicación. Por eso, sería interesante hacer el ejercicio de imaginar un diálogo con los imaginarios ecofeministas de corte decolonial —que en Abia Yala ya existían desde los años 70— para introducir el colonialismo y el racismo en la obra de la autora, pues no se encuentran presentes y, a mi juicio, tienen

un interés central. Obviamente, no todas las mujeres son iguales desde múltiples puntos de vista, ni lo son las expresiones del patriarcado. La obra de D'Eaubonne es claramente la de una pensadora europea y la generalización que realiza en algunas cuestiones simplifica e invisibiliza otros planteamientos complementarios o alternativos. También sería de interés, por este motivo, un diálogo y encuentro con los movimientos de las personas trans, con los feminismos gitanos, negros o de las clases populares...

En cualquier caso, nos encontramos ante la obra de una pionera que se atrevió a pensar y a exponerse; que, junto a otras, abrió el camino para construir una corriente de pensamiento y acción. En mi opinión, ello convierte a D'Eaubonne en una de las únicas autoras que puedan pensar un horizonte de presente y futuro viable y en el que quepamos todas las formas de vida.

Terminamos esta introducción invitando a la lectura, al encuentro y la discrepancia, al reconocimiento y la construcción de las genealogías ecofeministas, refiriéndonos a sus propias palabras:

Si la humanidad quiere sobrevivir, debe abordar este hecho evidente. Entonces, con una sociedad finalmente femenina que sería sin poder (en vez de con el poder de las mujeres) se demostraría que ninguna otra categoría humana podría haber logrado la revolución ecológica; porque nadie estaba tan directamente interesado en ella en todos los niveles. Y las dos fuentes de riqueza desviadas en beneficio del varón volverían a convertirse en expresión de vida y ya no en elaboración de muerte; y finalmente se trataría al ser humano primero en persona, y no como hombre o mujer.

Y el planeta, puesto en femenino, reverdecería para todos.